

En cuanto llegó el prior desde Belen, donde accidentalmente habia ido, y le contaron las imprudencias del penitente, aconsejóle que regresara en seguida, y sin detenerse, á Italia. Cosa difícil, transigir con la realidad social de Asia para el asceta que habia sentido la vocacion de subvertir y contrastar la realidad social de Europa. Quien deseaba matar hasta el hombre interior, suprimir la voluntad y la inteligencia psíquicas, para ofrecerlas en una especie de suicida holocausto al Creador, no se imaginaba, no, capaz de transigir, por apego á una vida despreciable, con la infidelidad y con los infieles. Morir por Cristo en la tierra donde Cristo habia muerto por él, obra tentadora en verdad para su natural exaltadísimo y para su desahogada voluntad. Pero tal negocio celeste suyo, desconcertaba los negocios terrestres de la seráfica comunidad franciscana y ponía en terrible aprieto á sus frailes. Y comenzando el guardian por darle un consejo, estaba decidido y resuelto, de no escucharle Ignacio, á despedirlo con toda su santidad y todos sus milagros con imperioso mandato.

En efecto, el peregrino español no le oyó ni atendió. De oírle y atenderle desmintiera su complexion y revocara sus altas vocaciones. Decidido á no tener en nada la vida propia, no habia para qué pedirle consideracion á la vida ajena. Si Dios lo necesitaba en sus altos designios, habia que arrojarse á las martirizadoras hogueras y arrojar en sus llamas los mundos todos, cuanto mas una comunidad de misérrimos frailes, congregados para vivir en la penitencia y morir en el martirio. Así, como el prior le pintase Jerusalem y sus peligros, alzóse de hombros, indiferente, á todas las cosas del mundo, y resuelto por sus juramentos á vivir entre peligros como los combatientes y á espirar en las aras del sacrificio como los elegidos.

Idle, pues, á una voluntad tan resuelta con escrúpulos de miedo. En vano le pintaria el prior la situacion de Jerusalem; sus conventos levantados entre alfanjes y cimitarras, como rosas místicas erizadas de espinas; sus peregrinos acosados como corderos errantes en el desierto y seguidos por manadas de lobos feroces; sus Lugares Santos circuitos de guardias musulmanas, para quienes el Evangelio era un error tan grande como para los evangélicos el Koran; la constante amenaza de horribles degüellos, solo conjurables por una exquisita prudencia; la consideracion de que la tierra

del Salvador pertenecia por siglos de siglos al jefe de los infieles; todo cuanto podia disuadir al suicida del suicidio. É Ignacio, á todas estas consideraciones, en verdad espantables, respondia, con su ingénito estoicismo, que á él nada en este mundo le metia miedo ni espanto, resuelto á convertir cada uno de los dias de su vida, en holocausto perenne á la pelea por Dios y á la muerte en Dios.

No le salia la cuenta con esta resolucion al prior. La suerte de los franciscanos dependia de un hombre, que léjos de rehuir, buscaba el martirio. Á las horas del rezo mahometano, cuando los muezzines subian á los altos minaretes y lanzaban en sus vociferadas oraciones el nombre Alá por los espacios, debia sentir Ignacio desatarse todos los demonios del infierno por su cuerpo. Cómo él, soldado de la milicia de Cristo, comprometido y juramentado á defenderle y á morir en su servicio, desaprovechaba el momento mas favorable de mostrar la energía de su voluntad y el esfuerzo de su brazo. Cuantas veces, despues de asistir al monte Olivete con todos los ardores del penitente y despues de besar la tierra del sepulcro libando en ella la sed inextinguible del martirio, se hubiera lanzado rápido sobre los guardas feroces de aquellos sacros sitios, para matarlos de un golpe y remitirlos á los pozos del abismo en compañía de Luzbel. No podia, no, hacer menos por Jesus y su poder en Jerusalem, de lo que habia hecho por Cárlos y su poder en Pamplona. Si allí habia alcanzado una horrorosa herida, y se habia roto ambas piernas, aquí debia ciertamente alcanzar la muerte. Y no está, no, al arbitrio del soldado mirar el número de sus enemigos, ni la imposibilidad de su empresa, cuando le arremeten. Los soldados de Luzbel se aparecian á sus ojos en cada instante y á cada paso por la ciudad de Cristo; y precisaba expulsarlos de allí para hundirlos en su proterva Babilonia. Si alcanzaba el santo logro de su deseo ¡qué vida! Y si moria en el empeño y en el combate ¡qué muerte!

Al fraile francisco le tenia sin cuidado la mas ó menos gloriosa muerte de Ignacio. Pero le tenia con mucho cuidado el que matase ó no á la comunidad, la cual estaba resuelta por completo á vivir y á vivir bien, aunque fuese, por desgracia suya, en la Jerusalem de los infieles. En cuanto vió de nuevo á Ignacio le dijo que no podia quedarse, no, en la Ciudad Santa, y

que debia partirse con la mayor celeridad posible á Italia. Para decir tal cosa no empleó el prior su autoridad de jefe, empleó su consejo de amigo. Poco accesible Ignacio á los consejos respondió, como respondia siempre á cuantas observaciones mas ó menos exactas le dirigian, respondió invocando sus sentimientos, sus ideas, sus creencias, su interior vocacion, sus íntimas y secretas revelaciones. El prior hubiera querido moverle á partirse con arte, imbuyéndole la idea de que tal resolucion dimanaba de su propio albedrío y no de ajenos impulsos. Pero Ignacio rechazaba todo consejo. Llegado á la tierra de los misterios, solo sentia el impulso de abrir los brazos y tenderse resignadamente sobre la cruz de Jesucristo. Una intensa y constante aspiracion á la muerte le asaltaba en aquella tierra de las sepulturas, bajo las ruinas y las cenizas, respirando el aire cargado de lamentaciones y de lágrimas, viendo los restos de los primeros profetas confundidos en la huesa comun con los restos de los últimos animales, fuera de sí como un asceta que disipa su esencia y su sustancia, pronto á sufrir aquella muerte por la cual habia suspirado tantas veces en sus maceraciones y en sus penitencias. De consiguiente, no atendió á cuantas reflexiones convencionales pudo dirigirle, con ánimo de convencerle y persuadirle, á él que era incontrastable, la suspicaz y astuta diplomacia del prior. Suerte de los cristianos, facilidad de los peregrinos, paz del monasterio, salud de los monjes, vida de todos ¡oh! cosas eran por extremo indiferentes á quien dejó su profesion, abandonó su hogar, olvidó su familia, renunció á su nombre, desciñó del cuerpo su vestidura y del alma su educacion, para irse, con el instinto de las aves viajeras, aunque no como estas, en busca de la vida y del sustento, á los campos y á los aires, sino en busca de la muerte y del martirio á la tierra fúnebre donde habia padecido y espirado el Redentor de los hombres. A todos los otros reformadores, á sus enemigos de todos matices en aquella ocasion suprema, lo mismo á los protestantes germánicos que á los protestantes franceses, lo mismo á los protestantes franceses que á los protestantes helvéticos, lo mismo á los protestantes helvéticos que á los protestantes británicos, bastábales con renovar las ideas y leer el Evangelio. Pero el gran reaccionario sabia, por ese instinto y esa intuicion naturales á las inteligencias sublimes y á las complexiones verdaderamente magnéticas y nerviosas, que á la fe

nueva solo puede oponerse la fuerza material, y que la fuerza material solo puede nacer, en las grandes resistencias espirituales, de la organizacion y de la disciplina. ¡Oh! Nadie sabe hoy si encerrado Ignacio en aquellas cavernas del desierto, imbuido en las ideas evaporadas por aquellas soledades prolíficas, bebiendo las aguas del profético Jordan, visitando los riscos del apocalíptico Josafat, embriagado con las esencias de la rosa de Jericó, bebido de las aguas del Cedron, generadoras de tantos mártires, allí donde yacen los reveladores, en sus cenizas calientes, y donde aguardan la resurreccion los muertos en sus esperanzas inmortales, podria un asceta como él, dando los alaridos del Bautista en las madrugadas del cielo palestino, preparar las vías á un nuevo revelador sobrenatural que detuviese la revolucion religiosa en sus excesos y salvara la religion católica en sus angustias.

Mas para todo esto necesitaba quedarse allá en Jerusalem, y el egoismo casuístico de los franciscanos, atentos solo á su salvacion entonces, en la decadencia irremisible de su orden, le impidió este proyecto, audaz como todas sus ambiciones y vasto como todos sus pensamientos. No se cansaba él de idear maniobras y no se cansaba el prior de disolvérselas ó por lo menos de impedirselas. De un lado estaba la experiencia, mientras del otro lado estaba la voluntad y el valor. La experiencia sabia todos los peligros y los evitaba; mientras el valor, sin dejar de conocerlos, sabia tambien que mas allá de la muerte, nada podia sucederle. Por consiguiente, se lanzó al empeño de modificar aquella realidad inmodificable, como pudiera lanzarse á los fondos de un abismo y á las llamas de una hoguera. El prior, como hemos dicho, empezó á disuadirle por medio de consejos, é Ignacio insistió en cerrar los oidos á todo género de advertencia que no tuviese carácter de divina, y perseveró en la inmensidad y en la grandeza de su obra.

Fué necesario entonces apelar á otros medios. En ninguna ocasion de la vida del santo podrá conocerse tan á fondo el disentimiento de su propia persona y la enajenacion de su voluntad y de su conciencia como en esta ocasion suprema. El consejo, la reflexion, el razonamiento, las conveniencias sociales, el interés de una orden piadosísima y antigua, la vida de los audaces peregrinos que corrian á Jerusalem y se daban allí á interceder por los demás hombres, nada de esto pudo moverle á la prudencia, indiferente como

era en su interior á todo aquel estoico cristiano. Pero quedaba un resorte, al cual siempre obedecía, el resorte de la incontestada autoridad; y quedaba un afecto, en el cual insistía siempre con todo su ánimo, la sujecion servil, fatal, mecánica, incontrastable á la autoridad religiosa. Creía perdido el mundo por la rebelion y deseaba salvarlo por la obediencia. Comprendiéndolo así el prior de San Francisco, apeló al recurso último y supremo, al recurso del mandato, ya que no tenían eficacia en aquel ánimo entero la virtud del consejo ni los avisos de la experiencia. Un dia, cuando mas rebelde á todas sus insinuaciones Ignacio se hallaba, apeló el franciscano á la autoridad. Teníala naturalmente del Papa, necesitado de confiársela en regiones tan apartadas como la Ciudad Santa y para casos tan graves como los que podían surgir en la relacion de los peregrinos con los franciscanos y de los franciscanos con los turcos. Mucho dolía ciertamente al prior usar con aquel asceta incomparable medios coercitivos y de fuerza; pero no tenía mas remedio si deseaba conservar la posibilidad, por lo menos, de que algunos cristianos idos allí en alas de su fe y á impulsos de su exaltacion, respirasen el aire de Jerusalem y viesen el sepulcro y la cuna de Jesus. Cuando mas descuidado estaba el santo y mas metido en los achaques de su exaltacion ascética, extrajo el prior su postrimer medio y recurso del seno de sus facultades religiosas, y notificóle cómo tenía facultad de la Sede apostólica para enviar de allí los que le pareciese y excomulgarlos si no le obedecían. Oír esto Ignacio y quedarse como petrificado, fué todo obra y hechura de un minuto. Él, que resistía con tenacidad á las insinuaciones y á los consejos, irguiéndose como un rebelde y contestando como un revolucionario, caía yerto como un cadáver, en cuanto le presentaban cualquier superior autoridad á la que creyera deber en rigor la sujecion de su pensamiento y la obediencia de su voluntad. Los mandatos del prior no iban rodeados de razonamientos, iban rodeados de fulminantes y poderosas excomuniones. Ignacio podía quedarse por su excesivo amor á la Iglesia fuera de la Iglesia. Rivadeneira cuenta con su ingenuidad, todo el empeño del prior para persuadirle á que entendiese de plano ser esta la voluntad de Dios; pues él, como amigo y hermano y experimentado en las cosas de aquella tierra, se lo aconsejaba para que lo hiciese así, si no quería que contra su voluntad usase de sus facultades

omnímodas de excomunion y extrañamiento. Imagínese quien leyere tales historias, y de su lectura infriese la complexion de Ignacio, cómo se quedaria este al verse próximo á salir de la Iglesia por su excesivo celo en favor de la Iglesia misma. El cielo y sus bienaventuranzas cerráronse á sus ojos, y el infierno y sus llamas abriéronse á sus plantas. Parecióse como un condenado á sí mismo, pues aun teniendo todas las virtudes, no valía ninguna de ellas la pena cuando le faltaba por completo la virtud capital, contenida é impuesta en sus ejercicios á todos sus educandos, la virtud de una servil y absoluta obediencia. Abrióronsele las carnes, agitáronsele los nervios, cegó su vista, saltó en el pecho su fuerte corazon; y cayendo ante aquel prior de hinojos, díjole que dispusiese de su voluntad como podía disponer el sepulturero de su cadáver.

La obediencia, la obediencia siempre, la obediencia en todo y para todo, la obediencia sin exámen, la obediencia sin vacilaciones, la obediencia sin escrúpulos, la obediencia ciega, fatal, irremisible, completa, eterna: hé ahí la doctrina de Ignacio, cuando el mundo moderno se formaba y surgía la libertad del pensamiento y de la conciencia. Obedecer, ley general de los séres materiales y de los animales inferiores. Obedece á la invencible atraccion el astro, á la irremediable afinidad el átomo, á su centro el grave, á su instinto el animal; pero la criatura superior, en cuyo cerebro comienza la vida del espíritu y en cuya personalidad encuentran las cosas creadas su sacerdote y su intérprete, obedece, pero obedece á leyes morales é intelectuales con voluntad propia y por albedrío íntimo, con libre pensamiento y conciencia libérrima. Ninguna de sus acciones podrá llamarse moral como no haya dependido por completo de la voluntad independiente, y ninguna de las ideas podrá decirse humana y suya si no la aquista y allega por el criterio de su razon interior y propia. Someter desde la cuna hasta el sepulcro un hombre á extraño poder que él no haya designado y elegido, someterlo á doctrina que él no haya examinado y comprendido ¡ah! equivale á destronarlo de su alta estirpe y sumirlo en las regiones donde reina la fatalidad ó cuando mas el instinto. Para que no peque, despojarlo de la voluntad, para que no yerre, despojarlo de la razon ¡oh error de los errores! Todas esas doctrinas contrarias á la naturaleza humana, buscando una perfeccion absoluta é